

ELEGIA DE LOS CAMINOS

Escribe: FELIPE ANTONIO MOLINA

Me acontece a menudo que adolezco de la nostalgia de los caminos de herradura. Como los conocí profundamente —mi niñez se relievaba contra una cartela de esas vías singulares— temo que en la constitución de mi sistema nervioso se crucen muchos de aquellos hilos geográficos que en otros tiempos definían al país. Gran parte del país mismo está influido por ese espíritu. El camino era un hervidero de posibilidades cósmicas y estaba, como nunca, cerca del hombre y de la lenta palpitación de su anhelo. En semejantes lechos de roca y tierra desnudas aparecía viva, flagrante, la huella de las otras criaturas humanas que abrieron el paso. En ocasiones solía topar unos pequeños deslizamientos de arena fresca y musgo y hojas aplastadas que rodaban hacia el sendero, como si apenas acabase de pasar la vanguardia de los constructores. Los caminos llegaban, táticos, hasta las poblaciones y se confundían con las calles imponiéndoles algo de su condición simple y campesina. No se les conocía otro punto de partida ni finalidad distinta que el hombre. Eran unos trazados sentimentales, sosegadamente fraternos, que partían de unas personas hacia otras, tramontando cordilleras, esguarzando ríos hondos, humillándose bajo el alero de los ranchos de paja gris. Con ellos, a lo largo de ellos, bajo su impulso poderoso y fértil se elaboró penosamente la patria. Los mamotretos de la actividad legislativa en los últimos cien años, guardan, a cada tres páginas, la posibilidad de un camino redentor. Había una carga impositiva —heredada de los colonizadores —que hacía de aquellas arterias un bien común. A la hora del pago del impuesto de caminos se precisaba la frontera entre los poderosos y los humildes...

Sobre esta tierra árida se yuxtaponían huellas de alpargatas y de herraduras. Se viajaba a pie, golpeando con un bastoncillo flexible las piedras errátiles, o a horcajadas sobre una cabalgadura cansina. No había piedras miliarias, sino unos campesinos que, muy de tarde en tarde, os daban una información pavorosamente inexacta sobre las distancias. Y aun estas no se medían por leguas españolas o por kilómetros, sino por soles, lunas y posadas. Había gentes que dominaban la ciencia abstrusa del viaje y sabían poner yerbajos dentro del sombrero para paliar la canícula, y echarse un trago de aguardiente en la nuca para aliviarla de las mordeduras del resol. Otros conocían a la distancia las voces de esos pájaros ocultos que marginaban la cinta dorada del camino con el comentario de sus canciones. Y la sabiduría del cojín

en la montura, y la de quitar el freno a la bestia para que beba, sin desmontar del lomo sudado y cómodo. Como el camino había sido construido a espaldas de la ingeniería, abundaba en aquellos paisajes desconcertantes de los que las carreteras no tienen remota sospecha. El camino era, por este concepto, un ser vivo y arduamente poético. Metíase por lugares absurdos; curioseaba en bosques hondos de sombra verde; mojábase en el agua de unas quebradas de frío diamante; no desdeñaba páramos ni precipicios, ni jarales, y terminaba enroscándose, para dormir, en el ancho patizuelo barrido de una venta, desde cuyos corredores ladraban, al atardecer, unos perros canijos.

El camino hizo esos ventorros que eran posada forzosa y alegría de los trajinantes. Los creó con el barro y el trasudor del cansancio. En un tenderete fresco y silencioso, fermentaban botijas de guarapo de caña y siempre era posible una copa de ron, sabroso a encerado, que ardía como una llama en el gznate. Colgaba allí un tiple, adornado con cintajos patrióticos, y saludaba un hombrecillo de voz lánguida y lejána. Alguien desensillaba la cabalgadura y traía, en un tazón de peltre blanco, un poco de café. Entonces, desde una cocina cuajada de humo, venía el olor de la carne puesta a asar sobre las brasas y las primeras palabras de una canción desconocida. Empezaba la noche lenta a penetrar todas las cosas. Solo quedaba, afuera, el camino blanco, difuso, quieto, como reposando. Se encendía una linterna y comenzaban a llegar los arrieros de los pastales con sus voces rotundas, diciendo en su jerga de colores palabras encendidas de horizontes. El hombre de la voz lánguida —que era un sosegado por la civilización— regañaba con las mozas de la cocina y disponía de lechos de cuero de res. Todo era tan sencillo como en el primer día del mundo!

Ahora esos caminos han desaparecido. Apenas se adivinan ya bajo el asedio de las hierbas. Son ocasionales secantes de las carreteras, que se ocultan con miedo pudoroso, entre los jarales de los montes. Por allí no pasa nadie. Apenas les ha quedado uno que otro pájaro fiel que, en los anocheres, viene a cantarles dos o tres notas melancólicas.